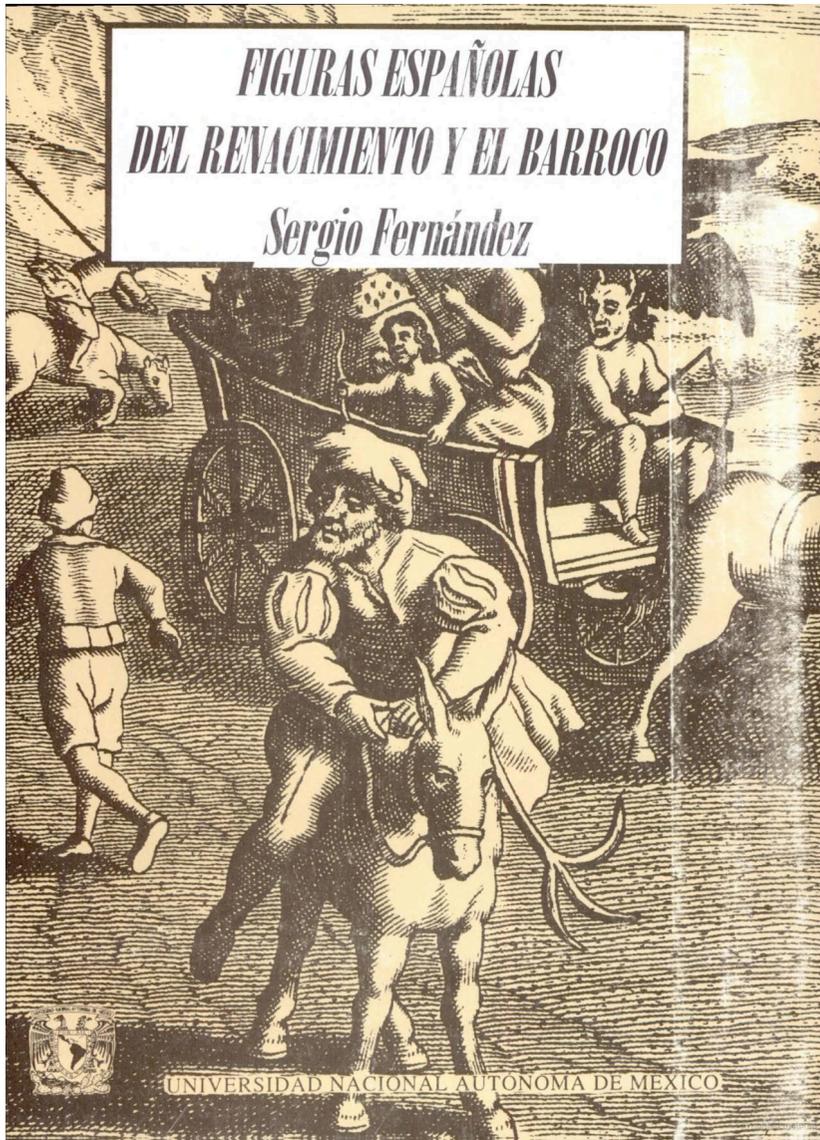


*FIGURAS ESPAÑOLAS
DEL RENACIMIENTO Y EL BARROCO*

Sergio Fernández



FIGURAS ESPAÑOLAS
DEL RENACIMIENTO Y EL BARROCO

textos universitarios

SERGIO FERNÁNDEZ

**FIGURAS ESPAÑOLAS
DEL RENACIMIENTO
Y EL BARROCO**

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1996

Primera edición: 1966

Editorial Pormaca, S. A. de C. V.

México, D. F.

Para Josefina Vicens

Primera edición UNAM: 1996

DR 1996. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510. México, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL, DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-4660-3

INTRODUCCIÓN

"Ninguna cosa, a los hombres que quieren hacerla, es imposible", dice Fernando de Rojas en la Tragicomedia de Calixto y Melibea. La expresión premon es de la vieja, de la comadrona famosa, de Celestina, quien a decir verdad no parece dictarla-pues no la necesitan- personajes del libro, sino al siglo XVI español. a los otros

Como si estuviera ante un auditorio especialmente seleccionado, la hechicera, que todo lo supo y lo comprendió todo, no pudo ignorar en qué campo sembraba la semilla. Y he aquí que la sentencia fue escuchada y que ese peninsular bañado aún de Edad Media pareció sacudirse (al menos en este libro singular) del vínculo histórico cristiano, por lo cual gustó del mundo entendido como placer y se sintió a sus anchas en la vida.

La fórmula no ofreció lugar a indecisiones y en seguida se encontraron los indispensables estímulos -ya individuales, ya sociales- para llevarla a efecto. Fue así como Italia y el Renacimiento penetraron en España de una manera que si hemos de atender a ciertos cánones se significó lo mismo por su violencia que por la brevedad. Por eso aquí, sólo aquí, es donde el sabor de vida que los italianos impusieron al mundo pudo derramarse, engrandeciéndose a sí mismo. ¿Qué importa pues que haya durado un solo instante?

Para el hombre nacido en Fernando de Rojas ninguna cosa, en verdad, fue imposible. La Celestina abrió las puertas a un siglo que, por la precipitación con que a la frase robó la sabiduría y por la ansiedad con que la llevó a cabo, estuvo siempre envuelto en un fuego que dio lugar a dos conquistas. Y una vez consolidado el Estado español, una vez reconquistado el territorio de manos del infiel; rota ya la Ecumene que a los pies de España rindió el mundo nuevo de Indias, todo fue viento en popa, En realidad el hombre estaba preparado a tales advenimientos y fue posible, algún tiempo después, tanto sostener la hegemonía de Europa

haciendo frente a las grandes potencias enemigas (ya Francia, ya Inglaterra, ya las inquietas repúblicas italianas o el papado) como frenar la pretensión del turco, o cargar a España del fabuloso mundo transoceánico, plagado de ideas de oro, de leyendas monstruosas, de sueños realizados. Pero posible fue, también, seguir un majestuoso tono de la vida donde sólo cupieron la reciedumbre y el vigor; donde lo mediocre, lo tibio, lo que expresó un tono medio de la existencia, hubo de quebrarse sin remedio.

Y si tal fue la esfera de la vida algo curioso sucedió con el arte; algo que ya examinaremos. Por lo pronto es necesario insistir en que, por medio de su emponzoñada madeja, Celestina enredó a su época y la dotó de una mente para la cual todo, aun lo nimio, fue objeto de deseo. Es así como el siglo que inaugura cargado está de energía, de signos positivos y valiosos en la medida en que logran volverse realidad. Y en rigor todo, absolutamente, lo es: realidad es la vida, la historia, la imaginación, la muerte; el tiempo, el espacio, el mundo y el trasmundo. Realidad fueron la literatura y la poesía no obstante que tendían a imitar, en principio, un arte estetizante que no iba con su genio.

El siglo XVI se caracteriza por un dinamismo sin medida. No hay lugar para la tristeza, para la fatiga, el desengaño o la melancolía: Garcilaso de la Vega, como excepción, confirma la regla y se hallará rodeado de silencio e íntima incompreensión. Y así veremos desfilar ciertas figuras -sólo unas cuantas a quienes la atmósfera de fuego invade pero no aniquila. El Renacimiento español sería una gran hoguera en la que el hombre arde y se llega a placer, con la conciencia de que la vida se va de prisa y no hay por qué disimular sus bienes. Y en este peculiar enfoque lo que lo obliga a ser violento, a desear más y más la leña que lo queme, como si de sí quisiera desprender la llama que ilumine su mundo. Pues este hombre es tea, luz que guía el único camino, entendido como triunfo y como verdad. Para ello sabe que el éxito moldea sus pasos y en él, intuitivamente o con una conciencia, está implicado el "no podemos errar"

que alguien afirma en la Tragicomedia y que conducirá no sólo a la conquista física, sino a la espiritual. Pues aunque parezca arbitrario o contradictorio, la mística del mal de Celestina -positiva en su propio vigor- si no logró apartar a España de su derrotero cristiano más que por un momento, sí en cambio pareció impulsarla a la gran aventura que significó el asalto del reino de Dios.

De este modo el corazón según afirma fray Juan de los Angeles- "va siempre vaciándose de sí mismo y empobreciéndose de aire... y Dios le va cebando y llenando de sí: al decrecer el mío, si soy ése, crecen los dones de Dios, y así estoy siempre lleno y siempre vacío, desocupado de mí mismo y ocupado de Dios". Al leer tan reveladora circunstancia lo que sorprendemos no es sólo una sístole y una diástole, o sean las normales contracciones del corazón del hombre, sino la intervención, en ellas, de la divinidad. El místico franciscano nos habla de una mecánica interior, la de un cuerpo nuevo que desaloja, con su intromisión, al anterior. A mayor cantidad de Dios menos cupo del mundo y viceversa, de lo cual resulta que sólo un corazón vacío de imágenes (de imágenes del mundo) es capaz de aprisionar a la divinidad.

De esta situación religiosa nos hemos valido para llevar adelante el estudio de las figuras que en España representarán al siglo XVI. Porque no hay fuera de una muy leve excepción- sino dos columnas o sea, según fray Juan, dos únicas maneras de vivir: la mística y la otra, que es la del pecado. Las hay de hecho, pero ello no indica que deban existir por igual. Al contrario, se excluyen, se rechazan, y el místico propone la aniquilación de la última por la inicial. España dividió su ser entre las dos, de modo que si por una parte el corazón sin imágenes da cabida a la línea ascético-mística, el corazón lleno de imágenes se llenará (para gran contento de la vieja alcahueta) de pecado, de corrupción, de literatura profana o de literatura religiosa contaminada por el mundo. Para fray Juan no hay términos medios: o se está en favor o se está en contra.

Pero no nos extrañemos que el hombre de la época apto, el más, para la ambición, quiera llevar en sí mismo las dos rutas. De este modo en la confluencia de las dos vertientes se halla el ser renacentista, es decir, el hombre moderno español cuyo disparadero está en La Celestina, a medias rechazada, aclamada por lo bajo, a pesar del catolicismo. Cómo y de qué manera existe la simbiosis dentro del ser humano; cómo, también, la mística verdadera jamás llegó a contaminarse de pecado, es tema de los apartados de esta primera parte. a pesar de lo cual advertiremos que el problema se enfocará con las armas que el hombre mismo nos otorga: un material ya histórico, ya estrictamente literario, que involucra un criterio seguido a lo largo de todo este estudio.

Pero, ¿a qué condujo la ambición? A que el español pudiera saberse dueño incondicional del mundo y del trasmundo; no ignorar que 4 tal riqueza se obtuvo debido a esa forma de ser que consiste, además de lo ya apuntado, en pensar que la fortuna es de los osados. De ahí el tono heroico y sublime en ocasiones de los documentos que analizaremos. Por otra parte es imposible desconocer que en el siglo XVI campea una lujosa atmósfera de positividad común a las más altas expresiones de la vida y del arte: ya veremos que a Italia se la aprehende, pero bajo ciertas condiciones. Y como la osadía no tuvo límites, volvemos al punto de partida: bajo el signo imperialista religioso, simbolizado en Carlos V, se llevaron a cabo las conquistas y España tuvo un momento cumbre dentro de la historia. Es el instante en que el pueblo eligió su ruta de vida y también en que impuso al mundo su verdad. El siglo XVI es una época donde lo europeo está condicionado por los signos españoles de la existencia. Pero condicionar es, en cierta forma, imponer, y toda imposición implica intolerancia, Esta consideración nos lleva de la mano a otra, no menos importante, que consiste en saber que la intransigencia fue el origen de lo que más tarde formó el aislamiento que tanto el español como lo español, sufrieron en relación al mundo que los miró primero con

temor, luego con odio y finalmente con desprecio.

El Renacimiento en España se significa por lo que de portentoso tiene la existencia. Nada hay que piense, o sienta, o imagine el ser humano que no lo arrastre a una atmósfera maravillosa en la cual cada uno de los órdenes de la naturaleza o de la vida interior parecerá contener un secreto que sólo al español (amigo del diablo o elegido de dios) le será dable violentar y poseer. Por ello encuentra, paso a paso, cosas que lo llaman, que lo rodean y lo penetran transformándolo, volviéndolo, al mismo tiempo, portentoso. Pero como vastísimo sería el material sólo escogimos tanto de esta como de posteriores épocas lo más característico, lo que compendia o incluye a otras figuras o hechos de gran envergadura: de Loyola, pasando por la mística franciscana, a San Juan de la Cruz. Y si esto recoge la literatura sagrada, las Cartas de relación darán libre paso a la de índole profana por más que aquí incluyamos, por su propia e híbrida naturaleza, a Fray Antonio de Guevara y a fray Luis de León, que cierran una etapa en donde ya se apunta la nueva existencia que habrá de venir. ¿Qué existe entre unos y otros? Valdés y su utopía renacentista, símbolo del humanismo español, ser de excepción como lo es Garcilaso o la parte final del Lazarillo.

Hay pues dos corazones: el religioso y el profano; aparecen, también, algunos puntos de naturaleza anárquica y dispar. La literatura y la historia españolas del siglo XVI tienen, casi en su totalidad, una atmósfera vibrante y heroica. El casi da lugar al resquicio por donde se cuele una chispa que aumentó fuego pero no calor en esta gigantesca hoguera de vitalidad, desde un punto de vista religioso la heterodoxia se presenta; desde uno profano sería el arte burgués. Y si el genio de España aceptó el último con restricciones, la primera no pasa de ser un viento exótico que no dejó sino huellas de leve aburrimiento.

Vistas más de cerca, ¿qué nos dirán las figuras que hemos elegido? En principio nos participarán cómo se conquista un mundo

divino y uno geográfico y humano. Seguiremos las huellas de cruel dad, de exaltación, de piedad, de egoísmo, de exceso de energía de este pueblo que cruza la mar océano sin fatigarse porque, a más de los poderes metafísicos, su voluntad lo asiste, Observaremos al asceta comprender al hombre no en cuanto a grey, sino como individuo; oiremos hablar nuevos idiomas interiores por medio de los cuales la gente hace referencia al examen de la conciencia, a la voluntad del carácter, al libre arbitrio en los actos supremos e insignificantes que asaltan el paso a los mortales. Seremos también testigos de la reciedumbre de los místicos, para quienes la gente es "afeminada y de melcocha" y habremos de verlos convertir este mundo en una tela empapada por la divinidad. Sabremos, al propio tiempo, que la conquista es amor y muerte, atropello y arbitrariedad, pero también renunciación, dolor, caída. Egocéntricos e impúdicos ámbitos rozarán nuestros ojos para que sepamos descubrir que la suprema libertad es la razón de ese hombre que se emancipa para darse a sí mismo el más alto regalo de la historia.

Amplia es la gama. No nos asombre encontrarnos con estadios de placer en donde se ha perdido la dignidad humana así como tampoco atisbar sitios espirituales en los que el hombre, unido con la divinidad, sangra en raptos de amorosa entrega. Por tales planos de la realidad transitarán cortesanos guerreros, humanistas rigurosos y graves, caballeros lascivos bañados de deseos, hombres de mundo que pregonan ascéticos discursos, soldados que cantan sus victorias o que escriben poemas cargados de dolor. A todos los une la conciencia que poseen de sí mismos, su propia e intransferible individualidad. Y es que, al lado del desprecio de las "cosas grandes" -como diría fray Antonio de Guevara- está el anhelo de las grandes empresas, lo cual imprime el tono del ritmo diario de los aconteceres, ese amplio sentido del que ya hemos hablado y al que la historia llamó el Renacimiento.

No; nada es imposible al ser humano. Dentro de los cánones de la

existencia española surgen seres extravagantes que logran extravagantes realidades. Y quien se aventure en esta prodigiosa atmósfera verá que la vida es una "disimulada locura" o una "muerte prolixa" en la que el ser humano transita con la gran ansiedad de apurarla no porque le disguste sino por un exceso de ambición. Para estos hombres sensuales, violentos, en perpetuo estado de rebeldía, estar vivo es estar en relación, lo cual significa comunicar. Se comunica lo que se tiene al alcance de la mano o detrás del océano; lo que se obtiene y lo que se desea; lo que se atrapa y lo que se desprecia. Por primera vez España gustará de la naturaleza y se abandonará a un paisaje símbolo, en ocasiones, de interiores trasuntos.

Por ello los seres que encontramos estarán dotados de un esqueleto moral y material que les permitirá entregarse al amor con la conciencia de estar consumidos en su llama y a la muerte con el convencimiento de que es un hecho natural. Las dos conquistas se obtienen, fundamentalmente, por emancipación interna. Cada una de las vías propuestas tendrá su propia manera de gritar la verdad pero en el fondo ambas conducirán al problema del hombre enfrentado con su libertad.

Sin necesidad de deslindar en esta introducción los terrenos del arte y de la vida -lo cual se hará en el curso de todo este ensayo- claramente se ve que el Renacimiento español parte del italiano y, o bien lo rebasa, o lo mutila de acuerdo a sus exigencias históricas más inmediatas. España -a juzgar por La Celestina-pudo volverse cínica, voluptuosa, extremadamente sensible a las formas de un mundo en el que no importaría nunca la moral. Sin embargo, tan avasallante fue el empuje del libro que casi en el instante mismo de gestarse el español, recordando su viejo pasado caballeresco y religioso, volvió sobre sus propios pasos. De esta suerte si la condición de posibilidad de las conquistas (entrada al llamado mundo moderno) fue la Tragicomedia, de ahí en adelante el Renacimiento español rechazó de Italia todo menos el mundo paralítico de la novela pastoril, así como la lírica proveniente de Petrarca. ¿Boyardo,

Ariosto, Tasso? No ofrecieron peligro ninguno. Pero la línea de Boccaccio, que llegó a su cúspide en las manos de Fernando de Rojas, quedó expurgada sin remedio. Es así como el siglo XVI alcanza sus postrimerías por medio de fray Luis de León, cuyo ámbito sensual no quedó oculto a pesar de la severidad de sus principios éticos. ¿Y después, qué ocurrió?

Una segunda parte se hizo necesaria para presentar el tránsito que va del Renacimiento español al periodo de la llamada decadencia. Un primer Lope de Vega el de La Dorotea y las memorias de ciertos escritores soldados preludian una época cansada del mundo. Pero no aún lo suficientemente desilusionada para evitar la plenitud de los sentidos y el placer. Y así como la selva pierde energía en el momento de aparecer el llano y un paisaje intermedio -de árboles aislados- inunda la mirada, del mismo modo se establecen contrastes, choques, la abierta batalla que se lidia entre naturalezas no sólo distintas, sino opuestas. Los estadios de violencia, de éxito, de triunfo. son ahora paulatinamente penetrados por estrías de índole diversa y al que contempla el panorama le es dable asistir a un espectáculo en donde el hombre, sin sentirlo casi, empieza a enfermarse de melancolía.

El pensamiento, entendido como un todo mental en el que caben la mecánica de las pasiones y la imaginación, es el material artístico adecuado y estas obras de transición se impregnan de un desaliento significativo de una crisis vital. Si de signos políticos se trata, es necesario advertir la derrota. En un periodo menor de noventa años, España perdió el Imperio y fue devorada por propios y extraños. Por ello -y por otras causas que también veremos el "no podemos errar" renacentista empezó a exhibirse como perentorio y, medio oxidado, entró en tela de juicio. No importa que haya habido un conocimiento razonado o intuitivo de los hechos históricos, así como tampoco el que la masa los hubiera desconocido. Lo inevitable fue que se sintieron y por ello la literatura que se inicia con La Dorotea no pudo permitirse por más tiempo sólo de éxitos

alimentarse. Y si el siglo XVI español impuso la mística y otras diversas condiciones para aceptar los movimientos provenientes de Italia, no extraña que en este nuevo estremecimiento colectivo clame por un arte que pueda y sepa expresar la desazón de juntar dos imperios: el real que se derrumba y el imaginario que intacto permanece en el deseo.

De esta manera un realismo crudo y mugriento -ecos últimos de La Celestina- traspasa el estático ideal italiano, si bien en condiciones distintas a la forma de Fernando de Rojas. Por medio de un joven caballero que explota a la mujer que ama; por medio de la madre que golpea a la hija; a través de un ámbito magnífico que los abriga a todos, es como Lope abre el camino de la narrativa moderna. Pero La Dorotea va en consonancia con las aludidas memorias de los soldados, arbitraria mezcla de heroísmo y de plebeyez, miseria y lujo, desenfreno moral y ascetismo. Tales escritores, sencillos desde un punto de vista social, individualmente son contradictorios por representar el complejo de una estructura humana en trance: de hecho asistimos al cambio tanto más obvio aquí que en otras producciones- de una conciencia que conquista a esa otra que, ya en el dintel de la derrota, entorpece el gozo de la vida. En estos libros el héroe (espléndida conjugación de armas y letras) existe, es verdad, bajo un aspecto que delata una realidad viva: Jerónimo de Pasamonte o Diego Duque de Estrada escriben sus propias batallas y por ello encarnan el ideal. Pero lo cierto es que, semejantes a huérfanos históricos, recorren una Europa que si los rechaza es por ver, en ellos, el símbolo de un poder truncado y altivo en la medida de su propia inconsciencia.

Es así como las páginas de estas memorias se tiñen de una nostalgia ajena tanto al Renacimiento italiano como al que España, en un inmediato pasado, denotó. Por ello las formas de la existencia propuesta por La Celestina subsisten sólo que sin vigor: se conserva el gusto por una realidad a ras del suelo; de ella, cambio, se excluirá la alegría de estar en el mundo como quiera que sea. Un arte diferente, dinámico y en parte

sombrío, tratará de desplazar a lo tradicional (ya extraño, ya indígena) y aceptará a la Edad Media, al pasado remoto, para llenar el hueco. Es en este instante cuando nace el barroco.

Italia sin embargo, no se da por vencida. Y ya que no el descaro ni el placer espontáneo, un último girón de la bucólica (con una sensibilidad académica y fría) se resiste a desaparecer y por ello -a manera de la fingida fuerza que un moribundo posee minutos antes de expirar-se levanta una especie de apogeo final de tales actitudes. El Cervantes de las Novelas ejemplares exalta y mata, al mismo tiempo, todo contacto con el arte de Sannazaro o de los pintores manieristas. Habremos de asistir ahora a la curiosa transformación de un escritor que se siente traicionado por una idea del hombre y del mundo que -de no aplastar-hubiera terminado por asfixiarlo. No puede, por más intentos que haga, imponer la felicidad a un personaje que no sabrá qué hacer con semejante privilegio. El héroe de las Novelas parece decir, entre líneas, que hastiado está de recibir los dones; que desea la libertad aunque su precio lo sean la enfermedad, el cansancio, la muerte. Por ello (por ser incapaz de recibirla) no sólo la felicidad sino la sabiduría que le es inherente se desplazará a los animales -Cipión, Berganza y a los locos.

En el centro mismo de las Novelas aparecerá el germen que habrá de destruir la zona entera de los valores juzgados arcaicos. ¿Qué otra cosa son el alferez Campuzano, víctima de las bubas, o el licenciado Vidriera, blanco de la ponzoña de una mala mujer? Lo estereotipado desaparece y entra en funciones una literatura de esencia metafísica contraria tanto a la de los italianos como a la española de raíz burguesa, cuyas excepciones también aquí quedan incluidas.

¿Se debe únicamente a la derrota del Imperio semejante viraje? El asunto puede contemplarse a través de un ángulo distinto. Habría -para explicarlo de algún modo una estela de desengaño colectivo que deja, tras sí, el derrumbamiento del poder. De un Lope de Vega a un Alonso de

Contreras, de Cervantes a Miguel de Castro la padecen. Pero, ¿por qué tal derrumbamiento? ¿Motivos económicos, malos gobernantes y disolución de índole social? ¿No será también que, hastiado del banquete de las dos conquistas, para el español lo portentoso de la vida llegó a volverse cotidiano? ¿No será por ello-por más que no cesará la ambición por lo que el mundo fue despreciado íntimamente? Pues sintomático es el hecho de que las Indias -aparatoso revelación para las generaciones cercanas al Descubrimiento pronto dejarán de contar como sorpresa verdadera. ¿Por qué, si no debido a esto, la literatura barroca mucho más las ignora que las vuelve objeto de conciencia? Tal caso, extremo, sería símbolo de un lógico resultado de carácter humano. ¿O no todo aquel que obtiene lo deseado encamina sus pasos hacia una inevitable desilusión? Si agregamos que lo pragmático del español se volcó en el mundo espiritual (la ascética-mística; la evangelización de Indias); si es un hecho que el dinero como especulación económica moderna- no existió para él, deduciremos que no era tan difícil que el Imperio español se derrumbara, volviendo así la espalda al mundo que en principio como país renacentista- España cimentó.

¿Cómo solucionar tal crisis? Primeramente -ya lo sabemos- fueran cuales fueran las noticias de los numerosos frentes de batalla, hubo el engaño de pensar al Imperio como un objeto invulnerable. Pero también existieron quienes, por la voz de un Baltasar Gracián, afirmaron que "Al que ocupó mucho mundo, no le señaló (Dios) poco cielo." Y entonces todo vino de perlas. De esta manera si en el Renacimiento España obtuvo un territorio poblado de geográficas y celestiales provincias (obtenidas por Cortés, Pizarro, Loyola, los místicos) no es menos cierto que el siglo XVII será la sustitución de las primeras por las últimas. Pero eso se establece una paradoja y la realidad (mundo geográfico) así como la realidad de la imaginación (mundo de la divinidad) se convertirá en la llamada "imagen de la imaginación" que pregona El Quijote, tema de la tercera y última

parte de este trabajo. Entre las renacentistas y la de Cervantes existe el cambio experimentado de una realidad de la mente a una consciente fantasía de la razón. Para decirlo en otras palabras, el español barroco tendrá la necesidad de apoderarse del más allá en vista de que la órbita humana -de la cual era centro-lo desplazó de manera brutal. Y si al renacentista, guiado por los consejos de una Celestina, ninguna cosa le fue imposible conseguir, al hombre del siglo XVII Dios lo habría de premiar con el cielo por haber ocupado tanto espacio en el mundo. Pero como el regalo en modo alguno impide la ambición, el ser barroco (según lo explicará Tirso de Molina como eco de una colectiva impresión cultural) será un extraño ente celestial con raigambre terrena, un "árbol" al revés. Pues si por un lado ya nada parece asombrar quistas; si a principio en quien de hecho ha experimentado las cido se desprecia lo terreno porque, por insípido e insulso, ya nada nuevo ofrece; si la ascética ignaciana se disemina por todos los rincones del sentimiento y estos amargos corazones del seiscientos revitalizan la Edad Media, también es hasta la muerte, todo es vida", según Sancho Panza. Quiere esto verdad que "...y decir que desilusionados y melancólicos, hastiados y tristes, los barrocos poseen, si bien con excepciones, un vergonzante -diríamos- gusto de vivir que les impide suicidarse pero que también los coarta para declarar abiertamente su alambicado anhelo. De ahí deducimos que las fuerzas del Renacimiento han subsistido sólo que con careta. El individuo, acostumbrado ya a lo portentoso, pregona una falsa fatiga pues no logra olvidar el sabor del placer o del triunfo. Por eso inventa una esfera que dará al traste con la cotidianidad que lo abrumó. Nada mejor, entonces, que tomar lo que la propia tradición le brinda y, heredero de una literatura y un arte magníficos, ahora les inyectará la carga de lo maravilloso que poco antes contuvo la existencia.

En esta forma el siglo XVII se sorprende a sí mismo. ¿Cuál es el resultado? Ante nuestra vista aparece no el imaginado portento de la

literatura (puesto que es una realidad) sino el de la literatura vivida como vida. Así el hombre barroco sobrepasará los acontecimientos que dieron lugar a las conquistas: Don Quijote, Segismundo, La ver dad sospechosa, don Juan o Mireno influyen en lo diario y lo transforman ya para bien, ya para formar un clima de mortal desatino. Por ello, si abrimos las páginas que los cobijan, escapará de su encierro un enjambre de seres paradójicos y fuertemente descentrados. Pero no hay aquí dos líneas opuestas, la religiosa y la profana, que aunadas a ese curioso apéndice que es el arte burgués (casi abortado) constituyeron el Renacimiento español. Ambas corrientes existen profundas, sin linderos posibles. Y en el barroco habrá también una vertiente de carácter profano empapada de sensualidad, pero jamás heterodoxa.

En un desorden aparente surgirán por ello seres ínfimos y desamparados que pregonan contener, en sí mismos, la palabra divina: el siglo XVII toma al Lazarillo y lo convierte, sin siquiera advertirlo, un ser metafísico. Lo raro es que la lección moral y la más sólida y adusta materia se ligan a un sujeto tan poco importante por lo cual a través de un ambiente sombrío se conjugan en plenitud lo bajo y sublime. El placer italiano y el descaro de La Celestina se viven a mansalva porque la existencia se llena de resentimiento, de melancolía, de colectiva inteligencia. Pero ¿no es natural-por virtud del pecado la imperfección y desorden de las cosas humanas? En la novela picaresca aparecen con nitidez los primeros trazos del arte barroco: lo monstruoso, lo macabro, lo fantástico, lo real, lo sucio.

Cercano a esta vertiente se ofrece un Quevedo distinto de aquel que (como Valdés anteriormente) nos permitirá atisbar la política de los últimos Austrias. De esta suerte aprovecharemos a dos de los varios escritores en él contenidos, ya que al mismo tiempo de leer en sus páginas la angustia de un país desangrado entre pobreza, guerras y un inevitable delirio de grandeza lograremos asomarnos a ia plenitud del sueño como un

recurso -quizás el máximo- del estremecido arte del seiscientos. Por su medio una infrahumanidad herida, traviesa, desenfrenada y cruel se presentará lanzando gritos para denunciar los errores de un hombre inmerso en un mundo construido sin ton ni son: el suyo es el máximo exponente del pensado disparate que habrá de desembocar en una alegría neurótica a la par que salvaje. Y ella da posibilidad a más y más ángulos, a más y más recámaras: la caricatura, lo horrible, lo abigarrado. Y así como Cervantes regala la sabiduría a los animales y a los locos, Quevedo la dará a los diablos, nuncio de valores quebrados, hechos trizas. Los Sueños son la vitrina adecuada donde la desproporción vital y moral del barroco se muestra genialmente.

Pero otro aspecto de la vida, no menos complicado, se gesta al propio tiempo. Una conciencia de lo extravagante se entrelaza a la "dulzura" que, proveniente del sutilísimo ingenio del hidalgo loco, atenúa lo terrible de los tiempos que le tocan vivir. El extraño juego de las realidades hace patente lo maravilloso y un recalcitrante subjetivismo revelará la consciente pretensión de Cervantes: su necesidad de sobrepasar por medio de una moral mitad cristiana, mitad inmanente la imposibilidad de comunicación que el ser humano lleva como condición inherente a su libertad espiritual. El gran tema de la sabiduría perdida por los hombres (cuya raíz se encuentra en las Novelas ejemplares) alcanza aquí la cúspide. Pero si algo lo liga al siglo XVII será el momento en que el caballero, a manera de asceta investido en guerrero, exclame "que pues es mi profesión favorecer y acorrer a los necesitados de este mundo, también lo será para acorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse a si propios". El quehacer cotidiano se vuelve trascendente y es fácil adivinarlo desfaciendo entuertos en los cielos pues, como en su escudero o los personajes de la Comedia, la ambición le impedirá conformarse con ínsulas terrenas. Es como si en el español, y sólo en él,